

## Vacaciones

# MEDITERRANEO vertedero nostrum

**E**NCARNIZARSE contra el turismo barato me parece una tarea innoble, injusta y demasiado fácil. Los cientos de miles de franceses, alemanes, ingleses, belgas y españoles que se trasladan una vez por año —en la misma fecha, claro está, pero es una fecha generalmente impuesta, no elegida libremente— a algún lugar de la costa en busca de un poco de sol, de mar y de aire son víctimas de un doble proceso: el funcionamiento del capitalismo, que los arroja una vez por año a las playas, para superar una rutina que el consumo o la mecanización han acentuado, y la contaminación de las aguas y de la arena, que si bien no ha provocado todavía una tragedia como la de Los Alfaques, nos prepara, en cambio, una total degradación, cuya lentitud es sólo aparente, y de la cual hay numerosos signos y símbolos: familias enteras de peces que abandonan las aguas, semienvenados, extinción de especies de moluscos, proliferación de hongos y de parásitos que como estigma del verano muchos turistas se llevarán de recuerdo y la sobresaturación de residuos químicos que convierten al Mediterráneo, por ejemplo, en una tumba submarina.

Atribuir todo este proceso de corrupción ecológica a la democratización del turismo, a la existencia de un turismo barato y de masas es, como siempre, desviar la responsabilidad y proteger unos intereses poderosos y minoritarios cuya voracidad no tiene límites ni escrúpulos. Si la lava ardió en Los Alfaques por no pagar mil pesetas, es de imaginar hasta qué puede arder en el mundo antes que las numerosas compañías nacionales y extranjeras, las fábricas alineadas en la costa y los barcos que desovan sus residuos en el mar estén dispuestos a destinar una sustanciosa parte de sus beneficios a depurar las aguas o por lo menos a no ensuciarlas más.

No hay por qué pensar que los cientos de miles de turistas que durante uno o dos meses se aglomeran en las playas, se reparten en

*Agosto. Mes de los desplazamientos y de las emigraciones masivas y temporales. Como nubes de insectos, multitudes anónimas que han viajado en avión, en auto o en tren invaden las playas, se amontonan en reducidas áreas de arena y cubren las aguas polucionadas en un patético intento de evadirse de la rutina de once meses, de romper con lo cotidiano y de disfrutar del sol y del aire, productos raros éstos, muy cotizados y monopolio, por supuesto, de una reducida clase social. De las películas y de las novelas baratas editadas en decenas de millares les queda un vago recuerdo de transatlánticos, nombres sonoros —Sitges, Palma de Mallorca— y dorados atardeceres, con un vaso en la mano y todo el mundo por delante. La ilusión suele durar poco —menos que las vacaciones— y los raptos de alegría se limitan a una cerveza de más, a algún escarceo erótico sin orgasmo y sin memoria y a una docena de fotografías —recuerdo vivo de las vacaciones— donde aparecen multitudes en la piel enrojecida de manera abrupta y poco uniforme, ancianos con su sombrero blanco de lona, mujeres maduras de aspecto aburrido que han aceptado las primeras arrugas como aceptaron las demás cargas de la vida.*

### CRISTINA PERI ROSSI

porciones minúsculas la arena, entran y salen de un mar chato y en agonía que parece una pecera y se instalan en los hoteles o en los autobuses como el rebaño que dócil sigue al pastor sufren necesariamente una aberración del gusto o padecen insensibilidad: como los desechos que las tuberías arrojan al

mar, como los residuos diarios que se vierten impunemente en las aguas, son fruto de la actividad del capitalismo, excedentes industriales que se depositan en la costa del Mediterráneo o del Adriático durante el mes de agosto; pequeñas piezas del engranaje industrial montado para usufructo de unos



Muchas aspiradoras antipolución, como ésta de Los Angeles, de California, harían falt. para limpiar el litoral mediterráneo.

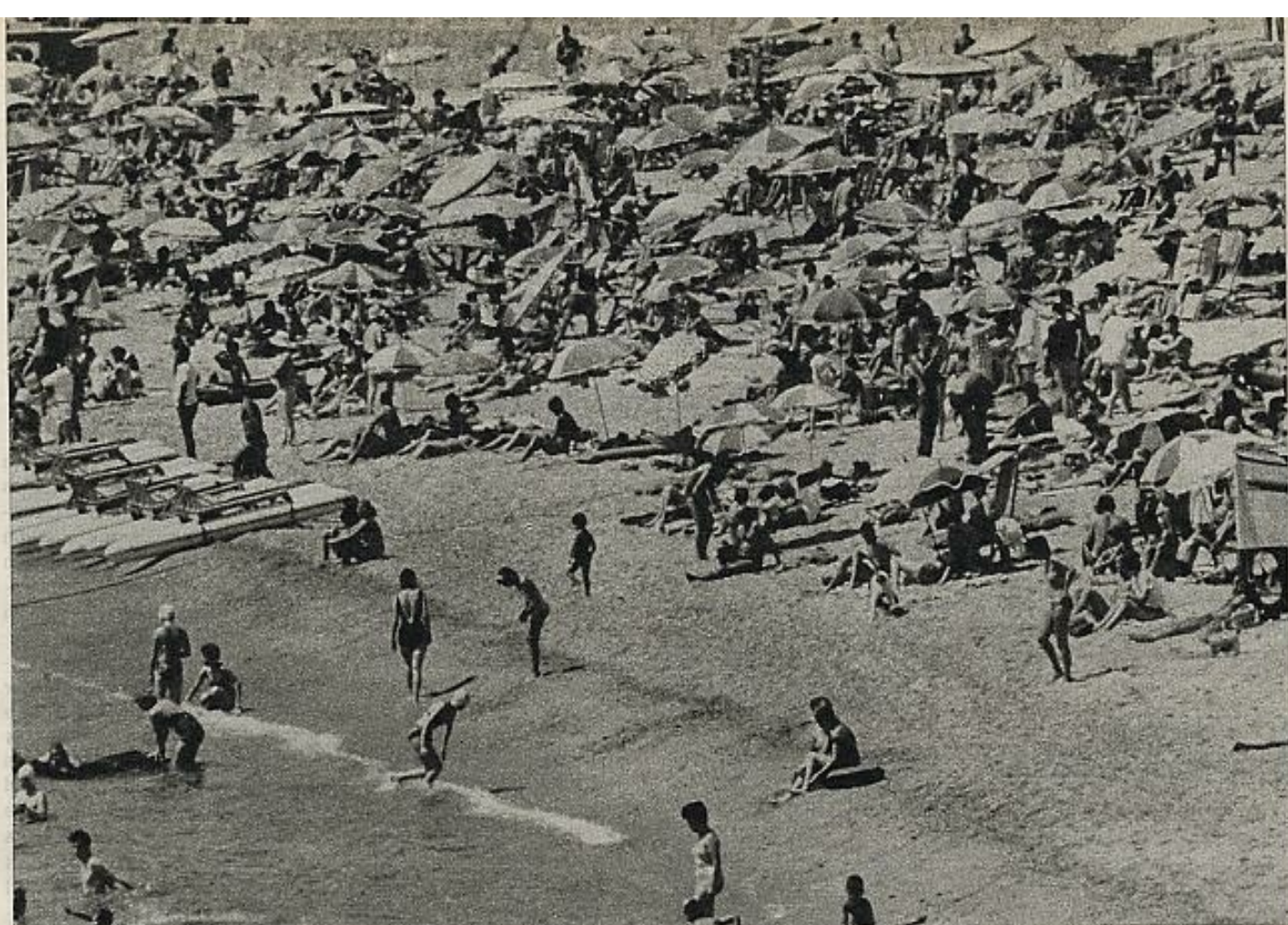
pocos y a quienes sin miramientos ni generosidad se les regala anualmente la ilusión de unas vacaciones al sol entre bacterias, parásitos y una lenta pero segura consunción.

### La carta negra

Sólo en el litoral catalán hay ochenta zonas que según la Dirección General de Sanidad deberían considerarse en estado de emergencia y prohibirse por completo los baños públicos. La cadena comprende el área metropolitana de Barcelona y algunas playas y calas de la Costa Brava. El "boom" del turismo y sus sagrados intereses impidió que esta declaración se aplicara. La Federación Europea para la Protección de las Aguas, celebrada en Zurich en 1972, comprobó que la costa litoral española es la más afectada por los residuos urbanos; del 80 al 90 por 100 de los efluentes domésticos son eliminados sin tratamiento desde la desembocadura del Ebro hasta el cabo Creus. Gérmenes tetánicos, salmonellas y estafilococos desahogan en los ríos Llobregat y Besós, que gozan de la poco apetecible marca de ser dos de los diez más contaminados de Europa.

Durante los cuarenta años de franquismo el litoral se ha vendido centímetro a centímetro, sin ningún tipo de exigencia o de control: las corporaciones multinacionales han podido establecer sus industrias a orillas del mar o de los ríos y la invasión de la costa española ha sido mucho más intensa precisamente porque en otros países existe una legislación antipolución que las compañías no pueden desconocer impunemente. ¿Cuál es la responsabilidad del ingeniero turista que se aglomera junto a docenas de miles en las costas del Mediterráneo frente, por ejemplo, a la de 14.000 fábricas que en 1973 ya existían en la costa española? Y de ellas, más del 30 por 100 eran fábricas de productos químicos. La zona comprendida entre Barcelona y Génova es la más perjudicada por las poluciones más peligrosas y nocivas:





La búsqueda ansiosa de aire, sol, agua y pureza ambiental no obtendrá, en demasiados casos, más que un cambio de polución.

absorbe un tercio de toda la contaminación del Mediterráneo. Entre los principales contaminantes se encuentran los metales pesados (cobre, zinc, mercurio), el petróleo, las industrias químicas y los plaguicidas. Pocos han sido, paralelamente, los gobernadores civiles que se han atrevido a dar publicidad a las impresionantes estadísticas que se conocen, por no desviar el turismo. Ese turismo barato y masificado, tan despreciado, por un lado, y como siempre, víctima. Que a veces se acerca —entre receloso y esperanzado— a la costa del Mediterráneo, lo mira con deseo y desconfianza y aprecia su transparencia, convencido de que si no ve una gran mancha de petróleo desplazándose sobre la superficie es que hoy el mar no está contaminado.

## La contaminación que no se ve

Las últimas estimaciones realizadas por el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente establecen que el Mediterráneo recibe cada año de medio a un millón de toneladas de petróleo; 358.000 toneladas de fósforo; 59.000 toneladas de detergentes

de uso doméstico; 12.000 de fenoles; 115.000 de aceites minerales arrojados por refinerías; 130.000 de mercurio; casi 5.000 de plomo; 2.760 de cromo, y casi 25.000 de cinc. En España, a pesar del silencio de los organismos oficiales y el secreto industrial que rodea a todo este asunto, los ecologistas han podido establecer que los contaminadores más peligrosos de las playas son el mercurio y el DDT.

Uno de los ejemplos más dramáticos de las consecuencias de la contaminación por mercurio ocurrió en la bahía de Minamata, en Japón, donde murieron 45 personas. El mercurio de las playas mediterráneas españolas llega a través de las aguas continentales plagadas de residuos de industrias farmacéuticas, fábricas de pinturas, industrias del cloro y de las centrales de energía eléctrica y papeleras.

Pero la contaminación no es peligrosa sólo de manera directa para el ingenuo bañista que heroicamente se sumerge en unas aguas que en cualquier momento se convertirán en sólidas, gracias a su densidad venenosa; lo es, de manera indirecta, a través de los frutos del mar que se convierten en portadores de enfermedades y que en cualquier momento serán radical-

mente prohibidos del consumo (o sustituidos por los de criadero). En efecto, la mayoría de las especies acuáticas han adquirido una carga bacteriana de gran insalubridad que puede provocar enfermedades e intoxicaciones al consumidor desprevenido: el atún del Mediterráneo, por ejemplo, lleva una carga de mercurio tres veces más alta que su similar del Atlántico. La diferencia entre la pescadilla del Mediterráneo y del Atlántico, en cuanto a contaminación, es ocho veces mayor. Los pescadores han podido observar algunas manifestaciones de la contaminación: son los "atunes locos", que han perdido el sentido de orientación, en virtud de que el mercurio lesiona su sistema nervioso, o los cánceres de boca que afectan a tantas especies, o las costas que aparecen sembradas de cadáveres de peces...

El Mediterráneo, ese mar cerrado que se ha convertido en una verdadera cloaca, es uno de los más afectados por el desarrollo industrial desaprensivo, inmoral y cruento; mientras las autoridades guardan silencio para proteger los dividendos de un turismo ignorante y complaciente, los atunes enfermos tratan de huir de las aguas contaminadas; puede ser que muchos de

esos turistas no experimenten de inmediato los síntomas de la polución de las aguas. Por otro lado, como se han resignado a dos semanas de sol por año en playas abarrotadas, a los atrasos de los aviones y las comidas baratas, es posible que también se acostumbren a las dermatosis contralidas en las vacaciones, a las epidemias bacterianas cultivadas por un mar envenenado. Y se conformen, como a sus diez centímetros de arena y su pedazo de sol que les tocan luego de once meses de producir plusvalía. Lo importante es que sepan que podría ser de otra manera. Un individuo mantenido en la ignorancia sobre la importancia de los peligros, sobre todo en vacaciones, y conociendo vagamente su mínima importancia en relación con lo vertidos de barcos, ciudades y fábricas. ¿por qué había de conceder la menor importancia a su contaminación individual? Los turistas, enviados a las costas por las imposiciones de un sistema político y económico que ha transformado el sol, el agua y la arena en una tierra prometida, son solamente instrumentos de la destrucción. (CLAUDE-MARIE VADROT: "Muerte del Mediterráneo".) ■